

William Ospina

y

Juan Rulfo

Estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Santiago de Cali, pero nunca ejerció esta profesión. Simultáneamente a su formación como lector y escritor William Ospina incursionó en el periodismo cultural y en la publicidad. Vivió en Europa durante tres años y desde allí fue depurando su proyecto literario. Es traductor del francés y del inglés. Viajero permanente, como conferencista cautiva audiencias en torno a las obras de Shakespeare, Juan de Castellanos, Cervantes, Borges, García Márquez... La imagen del poeta que investiga y que indaga la encontramos en el libro *Las auroras de sangre* (1999), sin duda el mejor de sus ensayos, orientado hacia la obra y vida de Juan de Castellanos, el autor de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, William Ospina nació en Pádua, Tolima, en el año 1954 y es autor de los libros: *Hilo de arena* (1986); *La luna del dragón* (1993); *El país del viento* (1992); *¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?* (1995), como libros de poesía. En el género del ensayo Ospina ha alcanzado el más alto reconocimiento entre sus lectores; son libros de ensayo: *Es tarde para el hombre* (1994); *Esos extraños prófugos de Occidente* (1994); *Los dones y los méritos* (1995) y *Un álgebra embrujada* (1995).

William
Ospina

CORRIDO DE MIGUEL PÁRAMO

Plateada noche de mayo
como no he visto ninguna.
Con qué tropiezas caballo,
cuando se oculta la luna.

Agua en la piedra resbala,
niebla en la niebla se anula.
Una me espera en Comala,
otra me espera en Sayula.

Sus ojos daban la cita,
bastó mirarla y lo supe,
la noche está suavcita
como los muslos de Lupe.

Una mujer en la puerta
y una niña en la ventana

dicen a la noche abierta
que no veré la mañana.

Salta, caballo encendido,
diablo, tormento y lucero.
Si es el amor prohibido
es el amor verdadero.

Soñé que había un agujero en el enrojecido cielo del verano.
Un trozo de universo como papel quemado
Y desperté con un sabor amargo en los labios.
Allí estaba la luz de las ventanas,
La briosa luz de México, como contaminada de claveles
Y el cielo estaba entero sobre las nevadas montañas
dormidas.

Cayó la luz del cielo entre mis libros,
Hizo brillar las letras de la Historia que Cortés ha dejado,
Cayó sobre el grabado de una pirámide
A medias escondida bajo los bosques.

Siempre un fragor de violines al fondo
Que nunca sé si pulsan en el aire o la mente.
Siempre la sensación de que hay un hombre muerto
Enorme, ilustre, milenario, paciente,
Sobre el que crecen montes, lluvias, guerras, pueblos.

Y volví a recordar aquel lugar que marcó mi destino,
Aquel instante que, después de las guerras, me movió a asistir a la escuela,
A viajar leguas y leguas en mulas silenciosas para pedir mi
ingreso a la Academia,
A leer día y noche en aquellas pensiones sombrías
Mientras alrededor la ciudad se hacía enorme.

Recordé aquel instante que me arrancó a los campos,
A los potreros de hierbas azules en los amaneceres,
A las noches de pueblo, arrulladas de liturgias latinas,
Puntuadas de balas,
Al ruido triste del cántaro en el fondo seco del pozo,
Y que me convirtió en este hombre que soy,
Envejeciendo entre volúmenes de Historia, entre las crónicas
Abigarradas,
Redactando fragmentos día a día, reseñando odios viejos,
Sacando filo a los puñales oxidados,
Poniendo nuevamente tibias palabras en los labios resecos
de los muertos.

No fue mi voluntad ser soldado:
Yo andaba joven y baldío en tierras de mi padre,
Cuando llegó la conscripción, cuando fui convocado.
Y preferí buscar las cuadrillas rebeldes
Enrolarme en la tropa contra los invasores.

Pero ¿qué sabe de la patria un muchacho de 17 años?
Sólo sabe oprimir el gatillo a la orden de fuego
Y mirar esos ojos imborrables en el último instante en que
brillan.

Mucho indagué después si las guerras son justas,
He gastado mis ojos recorriendo gloriosas infamias,
Y sólo sé que es hondo y ciego el drama,
Que había inocencia en esos ojos.

La tierra es un inmenso cementerio que florece sin fin
nubes y pájaros,
No hay materia de árbol que no haya sido alguna vez
humana
que no tienda a serlo.

todo lo que pisamos es ceniza sagrada.
Como una inmensa playa a donde el mar arroja sus reliquias,
Despojo de admirables generaciones, los calcáreos
residuos de un viejo orden,
Años de vida espléndida resueltos en dócil arena,
El mundo es cántaro de las ansiosas generaciones deshechas.

Pero en ninguna región del planeta están tan vivos los
muertos

Como en este país que se arquea en torno al golfo
Como brazos de una mujer en torno al jarro.
Aquí toda memoria se enardece y persiste,
Los dioses muertos cenan en las montañas
Y cada pecho es tumba de sus mayores
Y el que mata es sepulcro de los que mata.

Y yo redacto largos libros de Historia,
Vuelvo a estudiar la vida del triste Emperador y de su
esposa enferma,
Los fastos de la corte de Bonaparte, el trazado ostentoso
de sus bulevares,
Y las melancolías de la casa de Hasbsburgo,
Y la vida de Juárez, y su trágico amor por la justicia,
Y el ardor de los jóvenes mexicanos que entregaron su vida
A los sables germánicos.
Y los pechos llenos de amor que se rompieron contra las
balas francesas.

Vuelvo a mirarlo todo, vuelvo a pasar las páginas, y hay
Algo que no pasa,
Porque yo estuve en los ejércitos, y cumplí mi deber, y fui
victorioso,
Y nunca maté a un hombre en la batalla
Aunque fui herido y apresado y liberado,
Pero sin odio, y sin comprenderlo, y más solo que el

Halcón en los riscos,
Yo formé con los otros en aquella hilera terrible
Y el capitán nos dio la orden de fuego.